

GLOBALIZACION, ESTADO Y SISTEMA AGRO- ALIMENTARIO

Para la mayoría excluida, la globalización nada quiere decir, y probablemente no sepa que será profundamente afectada por todo lo que se esconde detrás de ese proceso, en los años por venir. Pues bien, la globalización es un viraje drástico que se está produciendo en el capitalismo mundial: en los diferentes mercados nacionales e internacionales —de bienes, de trabajo, de capitales—, en las maneras de producir, en las tecnologías, en los estados nacionales y, en general, en la economía de todos los países, al margen, en cierto modo, de la voluntad de sus ciudadanos y de sus gobiernos. Estos cambios se iniciaron, según los estudiosos de este tema, hará unos veinticinco años; pero es ahora cuando se empiezan a percibir, aunque todavía de una manera no muy clara. Lo que está planteado, entonces, es una nueva división del trabajo en el mundo capitalista, en el cual muchas cosas cambiarán y donde los países subdesarrollados desempeñarán un papel diferente al de las últimas décadas. Eso incluye, por supuesto, al sistema agroalimentario, esto es: la producción agrícola, la agroindustria transformadora y la alimentación de la población.

LA EMPRESA GLOBALIZADA

La empresa global carece de un centro único de decisión, tal como sí lo tenía la firma multinacional; por el contrario, ella no es sino una «red constituida por diferentes elementos que se complementan entre sí, distribuidos por todo el mundo, que se articulan unos a otros según una racionalidad económica pura que obedece solamente a dos palabras: rentabilidad y productividad... En una economía global, en principio, ni el capital, ni el trabajo, ni las materias primas, constituyen por sí mismos el factor determinante. Lo determinante es la relación óptima entre esos tres factores. Para establecer esa relación, la firma no tiene cuenta ni de fronteras ni de reglamentaciones, sino únicamente del uso inteligente que ella pueda hacer de la información, de la organización del trabajo y de los nuevos métodos gerenciales». Por esa vía, se llegará a producir un «divorcio entre el interés de la empresa y el de la colectividad, entre la lógica del mercado y la de las sociedades democráticas».

El elemento clave para entender este fenómeno es el gran desarrollo y el creciente poder que han adquirido tanto el capital financiero internacional (CFI), como las corporaciones transnacionales (CTN), entre otras cosas por la acabada utilización que hacen ambas del desarrollo de la telemática. El primero, porque, con gran autonomía, presiona las monedas y las tasas de interés y domina cada vez más la economía real. Las segundas, porque señorean hoy en día los intercambios en el mercado mundial, pues un poco más del cincuenta por ciento (50%) de ellos no se realiza tan libremente, sino entre esas empresas; vale decir, son transferencias entre ellas mismas, más que transacciones regidas por los precios, y por la oferta y la demanda. No obstante, como era de esperarse debido a las reacciones a la globalización ocurridas en varios países, surgen ya algunas dudas entre quienes apoyan el fenómeno.

Así, la señora Rosabeth Moss Kanter, antigua directora de la revista Harvard Business Review, ha advertido en Davos,

a principios de año: «Es necesario crear confianza entre los asalariados, y organizar la cooperación entre las empresas a fin de que las colectividades locales, las ciudades y las regiones se beneficien de la globalización. Si no, asistiremos al resurgimiento de los movimientos sociales como nunca hemos visto desde la segunda guerra». Mientras tanto el Ministro del Trabajo norteamericano, decía en The Economist, el 10 de febrero del 96: «La globalización está creando en nuestras democracias industriales una suerte de sub-clase de personas desmoralizadas y empobrecidas». Y si eso ocurre en los países industrializados, no hace falta mucha perspicacia para imaginar lo que pasará en este lado del mundo.

¿EL ESTADO MINUSVALIDO?

Por otra parte, producto de un conjunto de circunstancias, esas enormes CTN y el CFI se han venido enfrentando cada vez más con los Estados nacionales, cuyo poder frente a aquellos se debilita paulatina y ostensiblemente o, para decirlo de otra manera, esa transformación —hacia un Estado nacional debilitado— será la más conveniente a los intereses del CFI y de las CTN; esto es, garantizar la acumulación en esta nueva fase del capitalismo mientras se avanza en el diseño y desarrollo de un Estado transnacional que garantice, con más propiedad, esas necesidades del CFI y de las CTN. Pero ese debilitamiento no se produce en todos los órganos del Estado por igual, pues algunos pocos más bien se fortalecen: es lo que ocurre con los Ministerios de Hacienda o Finanzas, de Comercio, y los Bancos Centrales, mientras se restringe el poder de los Ministerios que ejecutan programas de desarrollo: agrícolas, de educación, de salud... Esto, viene ocurriendo en todo el mundo y también en Venezuela, cuyo Ministerio de Agricultura y Cría, a pesar de contar actualmente con un equipo directivo de muy buena calidad, se encuentra atado de pies y manos, pues las decisiones más importantes respecto de la organización del sistema agroalimentario se escapan acelerada-

Julio Mora Contreras

mente de su competencia.

FMI, BM Y GLOBALIZACION

Hasta hace algunos años, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) utilizaban sus préstamos solamente para equilibrar la balanza de pagos de los países que acudían a ellos; ahora, en las nuevas condiciones, los usan, además, para obligar a las naciones prestatarias a abrir sus mercados al comercio mundial, con el mínimo de restricciones posibles; e imponer una serie de condiciones adicionales, como privatizar los bienes del Estado, flexibilizar y desregular el mercado de trabajo —lo que se traduce casi siempre en aumento del desempleo, eliminación o minimización de las prestaciones sociales, compulsión de los salarios a la baja y desactivación de la Ley del Trabajo, si ésta no es totalmente favorable a la voluntad del capital—. Es decir, la enorme —e impagable— deuda externa se está utilizando como un instrumento de presión para que los países —particularmente los del mundo subdesarrollado— adopten las políticas que favorecen al CFI y a las CTN.

AGRICULTURA Y GLOBALIZACION

La agricultura, en muchos aspectos, empieza a emular la producción industrial, pues ya no sólo existe el "automóvil mundial", esto es, un vehículo cuyas piezas integrantes son fabricadas en diferentes países y ensamblado, por ejemplo, en uno diferente; sino también, el «pollo mundial», cuyos componentes — insumos y alimentos utilizados para su cría: soya, sorgo, maíz, tortas oleaginosas, harinas animales, medicinas...— se van a producir allí donde resulten más baratos. Igual ocurrirá con la cría, el beneficio y el empacado de las aves. Actualmente, a manera de ejemplo, los pollos que se consumen en los EE.UU. son engordados allí, beneficiados en México, desemplumados en Guatemala y empacados en el primer país. Los que se consumen en Japón, son producidos en Tailandia con alimentos producidos allí o llevados de los sitios donde se obten-

gan a precios competitivos. Lo mismo pasará con otros productos de origen agrícola. Por otra parte, las grandes inversiones en agricultura, en los países del tercer mundo, se están orientando a producir para abastecer los ricos mercados de los países desarrollados o los que tengan más elevado poder de compra en los propios. La decisión acerca de dónde, cómo y cuánto producir, ya no es exclusiva del productor primario ni de los gobiernos sino, esencialmente, de las juntas directivas de las CTN, tomando en cuenta los movimientos del CFI. En el nuevo orden internacional, en materia de alimentos, los países industrializados, Estados Unidos y Europa, abastecerán de cereales, leche y derivados, algunos alimentos envasados... a los países del tercer mundo y éstos, ofrecerán productos tropicales o subtropicales a los opulentos mercados de los países del norte. Es bueno aclarar, para tener una dimensión más cabal del asunto, que los cereales son productos absolutamente esenciales, pero de bajo valor específico, cuyo ciclo de cultivo dura unos cuatro meses; pero que habremos de pagar caros, pues el monopolio del comercio lo tendrán las CTN, por una parte; y, por la otra, en la economía

globalizada se está incrementando la demanda de cereales en países como China (que cambia rápidamente: industrialización acelerada, apertura a los mercados exteriores, abandono de la agricultura, concentración de la población en las costas...) que este año comprará en el exterior unos diez millones de toneladas de cereales, pero que, se estima, deberá importar hacia el año dosmil —dentro de cuatro años— unos sesenta millones de toneladas de arroz y otros granos, lo que, sumado a las importaciones de Rusia y países del entorno, disparará los precios hacia la estratosfera. Los países tropicales subdesarrollados, por el contrario, deberán producir alimentos y materias primas de origen agrícola de mayor valor agregado: frutas tropicales, maderas, carnes —algunos tipos y en determinadas circunstancias— café, cacao, aceite de palma... cuya producción requiere grandes inversiones y varios años para su maduración; pero, sobre todo, que no son esenciales —de sobremesa, los llamó alguien— y deberemos vender a bajos precios, relativamente, entre otras cosas porque muchos de ellos también están intermediados por las CTN y porque, además, todos los países del tercer mun-



do tratarán de pagar sus deudas externas exportando estos productos. El caso del café es una buena muestra de lo que, muy probablemente, pasará con los demás rubros. Suben los precios durante unos pocos años, para luego caer estrepitosamente: CTNs de tres países —Estados Unidos, Inglaterra y Alemania— controlan el comercio mundial del grano aromático.

AGRICULTURA Y SEGURIDAD ALIMENTARIA EN VENEZUELA

Lo que sucedió recientemente en nuestro país es muy sintomático de lo que veremos en un futuro no muy lejano. El sorgo cultivado en el país, por ejemplo, no encontraba mercado. Los silos estaban abarrotados porque las agroindustrias procesadoras de alimentos concentrados para animales se abastecieron del producto importado, seguramente más barato. Y en la leche se empiezan a presentar problemas. Igualmente, con todo esto en mente, se comprende más fácilmente el empeño puesto por las CTN para apoderarse de las industrias aceiteras más importantes del país, hoy en manos, respectivamente, de Cargill, transnacional comercializadora de granos, entre las más grandes del mundo; de Procter and Gamble, que se encuentra detrás de Mavesa, uno de cuyos directivos desmanteló y debilitó el MAC más de lo que ya estaba, en el segundo reinado de Pérez; y de Unilever, productora y comercializadora mundial de oleaginosas, también entre las más importantes del orbe. La casi totalidad de los aceites —por no decir todos— se importan. Estos, así como los cereales, los azúcares y las proteínas animales están en el centro de atención de las CTN y allí batallarán hasta imponer sus intereses, a costa de lo que sea. Los azúcares y los aceites, por cierto, son de amplísima utilización en toda la agroindustria. Los agricultores criollos, con la apertura del noventa y la de ahora —esta vez sin vuelta atrás— no deberán esperar apoyos irrestrictos del debilitado Estado venezolano, sino estar al tanto del mercado mundial para producir lo que las

circunstancias cambiantes, más o menos impuestas por las CTN, les exijan. En estas condiciones carece de sentido pensar que se puede diseñar una política agrícola nacional, coherente, de largo plazo; y mucho menos una de desarrollo rural.

¿Cómo pensar siquiera en una política de seguridad alimentaria, con unas CTN poderosas, un Estado debilitado y un MAC —cuya estructura se encuentra inservible— que se deshace a ojos vista? La seguridad alimentaria, ahora, estará dada, estrictamente, por la cantidad de divisas disponibles para importar alimentos.

En el caso venezolano, para hacer más dramático el asunto, las inversiones extranjeras se dirigirán esencialmente a petróleo, aluminio, oro, electricidad... por lo que, si la economía se recompone un poco y el bolívar se mantiene más o menos estable, seguramente atado al dólar, importaremos buena parte de los productos agrícolas alimenticios y materias primas de ese origen. Los grandes agricultores y, evidentemente, las mejores tierras y los recursos financieros del mundo subdesarrollado, seguirán produciendo para los mercados de alto poder adquisitivo nacionales y exportando los “excedentes” a los países vecinos, o sembrarán con miras a colocar sus productos directamente en los mercados internacionales, pero serán las CTN y el CFI, con los necesarios matices, los que lo señalen. Los productos de consumo masivo estarán dentro de este esquema siempre y cuando sean competitivos con los del mercado internacional. De lo contrario se deberán importar. Pero, ¿y el mercado interior de muy bajo poder adquisitivo? Tal vez podría ser abastecido por la pequeña producción agrícola, si para ella hubiese una política definida, coherente y de largo plazo, cosa que no es frecuente en América Latina. En el caso venezolano, el MAC carece de recursos para tales propósitos; el año pasado, a título de ejemplo, su presupuesto fue de unos treinta y cinco mil millones de bolívares, cifra ridícula si la comparamos con el del país. El del ICAP, para atender a los pe-

queños productores que suman en total unos trescientos mil, alcanzó el caricaturesco monto de tresmil quinientos millones de bolívares. Así, pues, probablemente, no habrá dinero ni para créditos ni para obras de infraestructura ni, en definitiva, apoyo del Estado. Los medianos y pequeños productores, invertirán en la producción y el abastecimiento de ciertos productos no comercializables en el mercado internacional y, por consiguiente, no sujetos a sus precios. Aunque también es posible que muchos pequeños o medianos productores agrícolas, dependiendo de las circunstancias, puedan ser enrolados en la producción de exportación, como ya ocurre en nuestro continente.

Lo que pasará con la agricultura venezolana, en la actual coyuntura, es poco menos que una incógnita. La enorme devaluación del bolívar a cerca de quinientos por dólar, haría posible producir casi cualquier cosa, debido a lo caro que saldrán las importaciones. Sin embargo, esta es una estructura productiva muy dependiente y encadenada al dólar. Todos los insumos —salvo los salarios— se encarecen en la misma medida en que se devalúa la moneda. Además, las elevadas tasas de interés y la pésima y aberrante distribución del ingreso, no contribuyen a que la gran mayoría de la población pueda apoyar la reactivación de ese sector. Los préstamos internacionales para apoyar la agricultura —algunos en ejecución, mientras se anuncian otros— agobiarán más al país, con el enorme riesgo de que se conviertan en más deuda inútil.

BIBLIOGRAFIA

1. Varios Autores. Revista Internacional de Sociología y Alimentos. Vol. 1,2,3 y 4. Editor: Alessandro Bonnano. Universidad de Missouri. Columbia. EE.UU.
2. Manier de Voir. No. 18. Mai 1993. Les Frontiers de L'Economie Globale. Le Monde Diplomatique. Paris. 8s

Julio Mora Contreras es Profesor-Investigador del Departamento de Economía Agrícola de la Facultad de Agronomía de la UCV de Maracay.